

## Una mirada a las izquierdas, desde la experiencia mexicana

Gilberto López y Rivas<sup>1</sup>

A partir de la rica experiencia mexicana en procesos organizativos muy heterogéneos que se consideran a sí mismos, y son considerados por otros, como de izquierda<sup>2</sup>, acorde al criterio de adscripción y auto-adscripción, sostengo que es necesario referirse propiamente a las *izquierdas*, como fenómeno político, ideológico, cultural y social.

### La izquierda institucionalizada

He distinguido, para fines del análisis, una izquierda organizada en partidos que privilegian la acción electoral y forman parte del sistema político institucional; por ello, es denominada como **izquierda institucionalizada**, la cual actúa en el marco de la crisis de las formas de representación de la **democracia tutelada** o de **baja intensidad** que propicia el capitalismo en su actual fase de mundialización neoliberal, en la cual estos partidos pierden toda capacidad contestataria y transformadora; son incapaces de sustraerse a la lógica del poder, dada la efectividad de éste para cooptar a sus dirigentes, quienes asumen finalmente un papel de legitimación del sistema político basado en la desigualdad y la explotación capitalista. El ejemplo mexicano es el Partido de la Revolución Democrática (PRD), pero también podemos observar las transformaciones en esa dirección del Partido de los Trabajadores brasileño, sectores gobernantes del Frente Amplio del Uruguay y del Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua, y muchos otros partidos y organizaciones que una vez en el gobierno, su preocupación central no es el desarrollo de diversas formas de poder popular, autonomías, conformación de *sujetos autónomos* y creación de las condiciones para una ruptura con el modelo capitalista, sino, más bien, la permanencia de sus cuadros en el gobierno y las instancias de representación popular, la reproducción de sus burocracias y su ingreso a una elite política y económica divorciada de los movimientos sociales contestatarios.

Marcos Roitman señala que la democracia de partidos, finalmente definida por el Estado capitalista, se desvincula de la práctica y los sujetos sociales y termina siendo un mero procedimiento de elección de elites, una “técnica” en la que puede haber alternancia pero no alternativas de cambio social. En este contexto, los partidos se convierten tarde o temprano en “ofertas” de *gestión técnica* del orden establecido.<sup>3</sup> También, Roberto Regalado señala que el orden neoliberal se está imponiendo un nuevo concepto de democracia, “la democracia

<sup>1</sup> Doctor en Antropología (University of Utah, Estado Unidos, 1976), Profesor-Investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro Regional Morelos; articulista de **La Jornada**; miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI).

<sup>2</sup> Gilberto López y Rivas. “La izquierda en México: problemas y perspectivas”, en Julio Moguel (Coordinador) **Por los caminos de la izquierda**. México: Juan Pablos, 2004.

<sup>3</sup> Marcos Roitman. **El pensamiento sistémico, los orígenes del social-conformismo**. (México: Siglo XXI-U.N.A.M., 2003).



neoliberal, capaz de ‘tolerar’ a gobiernos de izquierda, siempre que se comprometan a gobernar con políticas de derecha”<sup>4</sup>

Regalado reitera:

*“No se trata de negar o subestimar la importancia de los espacios institucionalizados conquistados por la izquierda, sino comprender que estos triunfos no son en sí mismos la “alternativa”. De ello se desprende que la prioridad de la izquierda no puede ser el ejercicio del gobierno y la búsqueda de un espacio permanente dentro de la alternabilidad neoliberal burguesa, sino acumular políticamente con vistas a la futura transformación revolucionaria de la sociedad.”<sup>5</sup>*

Los sistemas electorales han sido considerados por la propia teoría liberal como los mecanismos a través de los cuales se pueden dirimir toda clase de conflictos económicos, sociales, políticos y culturales. En este sentido, la teoría marxista clásica, convenientemente olvidada por muchas izquierdas institucionalizadas, afirma que las sociedades capitalistas tienen una dicotómica formación: por un lado, una realidad conflictiva y contradictoria resultado de la explotación de clase y, por otro, una ilusoria equidad y armonía resultado del aparato ideológico que pretende equiparar jurídica, política y culturalmente a todos los individuos.

Para el capitalismo y su sistema de partidos de Estado, la democracia se limita a lo formal, a los aspectos electorales y al juego de los partidos políticos dentro del sistema. No obstante, en la historia de América Latina destacan ejemplos que muestran que aun este tipo de democracia es instrumental para las clases dominantes; esto es, funcional a sus intereses y, en consecuencia, la legalidad democrática es aniquilada por las clases dominantes cuando a través de ella una izquierda anti-sistémica, o fuerzas realmente democratizadoras o nacionalistas logran triunfar o cuestionar su dominio. Muestra de ello es el golpe militar contra el gobierno de Jacobo Arbenz Guzmán, en Guatemala, o contra el de Salvador Allende, en Chile, entre otros muchos casos similares en Nuestra América. Los ejemplos de golpes de estado en Honduras y Paraguay son contundente, como lo son los métodos de hostigamiento y complot, ataque mediático y conspiración que hoy aplican para desestabilizar y derribar los gobiernos constitucionales de Nicolás Maduro en Venezuela y Evo Morales en Bolivia, con el apoyo presuntamente discreto, pero no por eso menos efectivo, del gobierno de Obama.

## El neozapatismo

En el otro polo equidistante tenemos, también a partir de la realidad mexicana, a la izquierda que se ha aglutinado alrededor del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y el movimiento indígena nacional, la cual han colocado en el centro de la escena nacional la ancestral problemática indígena, sus procesos autonómicos, unida a otras reivindicaciones de democracia participativa, que se sintetiza en el “mandar obedeciendo” y en la democracia autonomista. Este movimiento conmocionó al sistema político mexicano, sin formar parte del mismo, y

<sup>4</sup> “Reforma o revolución”, en **Rebelión** (9 de enero de 2006). También, de Roberto Regalado. **América Latina entre siglos: Dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda**. La Habana: Ocean Press, 2006.

<sup>5</sup> Roberto Regalado. Ob. cit., pp.213-214.



simultáneamente sensibilizó y generó una reacción solidaria en la sociedad civil, que evitó la continuación de la guerra en enero de 1994.

La **democracia autonomista** se fundamenta en una construcción de poder y ciudadanía desde abajo; como una forma de vida cotidiana de control y ejercicio del poder de todos y todas desde el deber ser, esto es, con base en términos éticos. No es un medio o procedimiento de reproducción de estamentos burocráticos, sino un pacto social y político, un *constituyente de todos los días* que opera unitariamente, esto es, en todas las esferas y órdenes de la vida.<sup>6</sup>

Cuando el zapatismo y el movimiento indígena plantean la detracción del actual sistema de partidos es necesario la reflexión sobre si éstos contribuyen a la construcción autonómica, o poseen una tendencia intrínseca a la formación de una ciudadanía y una democracia *heterónoma*, esto es, que *recibe del exterior las leyes que rigen su conducta*, que llevan en su germen el clientelismo y el corporativismo, obstáculos insalvables de la autonomía.

La propuesta del EZLN y el movimiento indígena autonómico lleva a la integración de una entidad política anticapitalista que asume los intereses populares de los cuales proviene, los desposeídos y explotados; no delega su representación en *otros* ajenos a "sí mismos"; un ente que se rija por sus propias normas y no por las de un sistema político que no representa los intereses populares y nacionales.

En México es necesario, como plantea el zapatismo, la edificación desde abajo de una organización independiente del Estado y de su sistema de partidos. Que responda a sus propias necesidades y requerimientos; que escoja sus medios, espacios y tiempos para librar su resistencia contra el poder establecido; que lleve a cabo una campaña "muy distinta a las electorales", que "ni se rinde ni se vende" y que "está dispuesta a luchar, entre todos los riesgos que implica, por la construcción de una fuerza de los pueblos y los ciudadanos organizados, pensantes y actuantes..." (*Sexta Declaración del EZLN*.)

El zapatismo otorga al factor ético un elemento esencial de la lucha anticapitalista, privilegiando la congruencia con los principios por sobre los intereses de cualquier tipo. El único capital político con que cuenta la izquierda es la ética y la defensa del interés general. El "para todos todo y para nosotros nada" debe ser observado en este contexto de exigencia con una conducta sin doble moral, dado que no existe un interés particular o de grupo que motive la acción política.

No fue sino hasta finales del siglo pasado que los pueblos indígenas (fundamento de la lucha agraria nacional), lograron integrarse al proceso de constitución democrática de la nación-

---

<sup>6</sup> Marcos Roitman. **El pensamiento sistémico, los orígenes del social-conformismo**. (México: Siglo XXI-UNAM, 2003). Sobre los procesos autonómicos indígenas ver: Leo Gabriel y Gilberto López y Rivas. **Las autonomías indígenas en América Latina: nuevas formas de convivencia política**. México: Plaza y Valdés, 2005. De los mismos coordinadores: **El Universo autonómico: propuesta para una nueva democracia**. México: Plaza y Valdés, 2008.

pueblo y de la nación de pueblos. También, sólo a partir del levantamiento zapatista fue posible, en parte, que las izquierdas mexicanas re-conceptualizaran y reconfiguraran su discurso y su praxis políticos, de tal suerte que la antigua y compleja cosmovisión indígena y agraria mexicana no sólo aportó elementos de discusión, sino que ha esbozado muchos de los problemas importantes en la agenda de la construcción de lo nacional-popular.

El nuevo zapatismo y el Congreso Nacional Indígena han sido capaces de convocar y articular un movimiento social y político amplio que mantiene su punto más alto durante la Marcha Color de la Tierra en el 2001, aunque sus alianzas nacionales e internacionales entraron en un impasse a partir del convulsionado año de 2006, hasta el año 2012, que reaparecen con una marcha de más de 40 mil bases de apoyo, en el día del fin del mundo, el 21 de diciembre; así como las iniciativas de La Escuelita y las reuniones que tendrá en mayo y junio del 2014. Por otro lado, las izquierdas institucionalizadas o partidistas, y en buena medida la izquierda armada, no han podido evadir la discusión que el zapatismo y los indígenas han planteado en diversos momentos, aunque lamentablemente no han profundizado en la misma e, incluso, los partidos, en particular, padecen de un autismo político en ese, y en muchos otros de los grandes problemas nacionales.

Con todo, el zapatismo no ha seguido una estrategia de instrumentación pragmática en su relación con organizaciones sociales. Por el contrario, principalmente en el dialogo de San Andrés, los zapatistas entregaron la interlocución con el gobierno federal a la sociedad civil y particularmente a los representantes de los pueblos indios, sin otra condición que lograr el consenso de sus asesores en los acuerdos que presentaría la comandancia zapatista en la mesa de negociación.<sup>7</sup> El proceso de dialogo fue una universidad de cómo hacer política a partir de la participación colectiva y sin que mediara el individualismo competitivo o el interés corporativo.<sup>8</sup> En San Andrés se practicó una cultura política diferente a la que impuso el sistema de partido de Estado por más de setenta años, misma que trasminó lamentablemente a la izquierda partidista, la cual asumió todos los vicios del priismo, perdiendo en el camino las cualidades de entrega, disciplina, camaradería y honestidad que la distinguieron en años de luchas memorables. En México, pasamos del régimen de partido de Estado a otro igualmente antidemocrático de partidos de Estado.

El EZLN y el movimiento indígena nacional han sido el referente moral, la conciencia crítica del país durante todos estos años. Mientras las organizaciones partidistas de todo signo han perdido legitimidad y credibilidad, particularmente el PRD, el zapatismo y el movimiento indígena conservan una reserva moral incuestionable. Las declaraciones y posicionamientos del EZLN y del Congreso Indígena Nacional son esperados con interés y aún en los casos en que existen divergencias, se les respeta por su congruencia con principios claros y no negociables.

<sup>7</sup> Este fue en esencia el mensaje del Subcomandante Insurgente Marcos a sus asesores, previo al inicio del dialogo.

<sup>8</sup> Hubo, sin embargo, quien pretendió romper la hegemonía del EZLN en el movimiento indígena, criticando los Acuerdos de San Andrés, con el argumento de que lo pactado no convenía a los intereses de los pueblos indígenas.



Al no ser los zapatistas y los procesos autonómicos reproductores del sistema en ningún terreno, sus críticas y diagnósticos sobre la situación política nacional e internacional no contienen retórica ni argumentos tendenciosos que busquen quedar bien con un electorado o una clientela cautiva. De esta manera, las opiniones de EZLN y el Congreso Nacional Indígena han tendido a representar el interés nacional y popular ya que no pasan por la distorsión que los partidos hacen de la realidad en función de sus intereses particulares o, peor aún, de los de sus facciones internas.

El EZLN y el movimiento autonomista indígena han sido también un reservorio de ideas libertarias que significa un oasis en el desierto provocado por el derrumbe de la Unión Soviética y la desaparición del socialismo como opción inmediata de transformaciones sociales para nuestros países. La perspectiva de *construir poder desde abajo* y fundamentado en la participación de todos y todas ha sido un aliento para la resistencia en México y en el ámbito mundial. Los significados de “mandar obedeciendo”, la revocación del mandato, la concepción del gobierno como servicio, la trascendencia de la ética en la política, el divorcio con el estatismo y el ejemplo de su proceso autonómico han constituido un aporte muy oportuno y significativo en momentos en que desaparecían los referentes ideológicos y políticos que habían mantenido vivas las utopías.

El zapatismo y el proceso autonomista han cuestionado a los partidos políticos, dándole una dirección al movimiento, muchas veces atomizado y fragmentado, de la sociedad civil. Esta conducción ha sido asumida con naturalidad y sin ningún afán de *vanguardismo* que tanto daño ha hecho a los partidos políticos de la izquierda institucionalizada. El “me cago en las vanguardias” de Marcos fue una expresión que reflejó la necesidad no sólo de mantener permanentemente un espíritu crítico frente a los muchas veces auto designados conductores de un proceso, sino también de formas de hacer política no exentas de humor y picardía.<sup>9</sup>

El EZLN, en particular, rompió también con las tradiciones militaristas que en las décadas de los sesenta y setenta imperaron en nuestras organizaciones y que tanto daño hicieron al desarrollo revolucionario. Siendo una organización armada y clandestina, tuvo la madurez suficiente para no hacer de ello un fetiche. En este movimiento, las armas juegan un papel meramente instrumental de la política. Por ello, pudo acatar el mandato de paz que la sociedad civil expresó el 12 de enero de 1994 y retirar a todos sus cuadros político militares de los gobiernos autónomos, haciendo realidad el “para todos todo, para nosotros nada”

A pesar de la militarización imperante por la opción contrainsurgente seguida por Vicente Fox, Felipe Calderón, y ahora, Enrique Peña Nieto, el zapatismo rechaza también la victimización de

---

<sup>9</sup> Este deslinde hacia el vanguardismo se hace en circunstancias difíciles para el vocero del EZLN, pues se trataba de polemizar con ETA, lo cual a mi juicio no sólo fue correcto si no necesario. La defensa al derecho de autodeterminación del pueblo vasco, no pasa por el apoyo al terrorismo como método de lucha, cuestión que dejó muy claramente expresada Marcos.

su movimiento, derrotando una y otra vez las ofensivas militares y paramilitares con iniciativas políticas.<sup>10</sup>

El papel jugado por el zapatismo en el movimiento indígena autonomista ha sido trascendental, al asumir ellos mismo el camino de la autonomía a través de un proceso de construcción del **sujeto autonómico**, cuyos últimos resultados se pueden observar en las Juntas de Buen Gobierno. El zapatismo impone la problemática indígena en el debate nacional y obliga al Estado a negociar los Acuerdos de San Andrés, los cuales, independientemente de que no han sido acatados por el gobierno y la clase política, constituyen una plataforma programática de desarrollo sustentable para los pueblos indios del país. Los pueblos indios --como sector nacional--, es uno de los pocos que conoce un camino de liberación en cuanto a que se tiene conciencia del tipo de nación y de sociedad pluriétnicas y pluriculturales que se desea establecer en México. El EZLN y los pueblos indios cuentan con una estrategia, la autonomía, para resistir los embates de las políticas neoliberales, defender los patrimonios naturales y recursos estratégicos nacionales y sobrevivir con un proyecto civilizatorio distinto al que ofrece el capitalismo mundial.

El EZLN y el movimiento indígena encabezado por el Congreso Nacional Indígena siguen la política de establecer o fortalecer las autonomías de hecho en el territorio nacional, mientras los rebeldes zapatistas optan por profundizar sus ejercicios autonómicos, ampliando sus ámbitos de competencia y territorialidad en los espacios regionales, creando las cinco Juntas de Buen Gobierno que concentran bajo su autoridad a los cerca de 40 municipios autónomos. Las funciones de las Juntas, además de una forma de enlace civil entre los zapatistas y el exterior, abarcan la impartición de justicia, salud comunitaria, educación, vivienda, trabajo, alimentación, comercio, información, cultura y tránsito local, coordinándose para tal efecto con las autoridades autónomas municipales.

### Las otras izquierdas

Entre los polos de la izquierda institucionalizada y el zapatismo, se desarrollan varias experiencias de las izquierdas mexicanas que por brevedad sólo enunciaré:

A).- Una izquierda marxista ortodoxa que propugna la lucha armada como vía para conquistar el poder político, aunque no la practica de manera sistemática. Se trata de un movimiento con múltiples ramificaciones, un cierto apoyo social en sectores regionales, y que se circunscribe a algunas áreas geográficas del país. Aunque se mencionan más de una docena de grupos armados, destacan entre ellos el Ejército Popular Revolucionario (EPR) y un desprendimiento del mismo, el Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente (ERPI). En México la guerrilla es un actor político permanente a lo largo de décadas y hasta nuestros días. El EPR, seguidor de la guerra popular prolongada, expuso en un comunicado: *“Nuestro pueblo aún requiere de madurar ideológica y políticamente la necesidad de la revolución, la necesidad estratégica de*

<sup>10</sup> Este tema lo trato con mayor profundidad en Gilberto López y Rivas. **Autonomías: democracia o contrainsurgencia**, México: Editorial ERA, 2004.

*lograr estar unidos en una sola fuerza revolucionaria que dispute el poder en serio. La propia izquierda oficial aún no supera sus fueros de feudo político, no ha madurado lo suficiente para formar un solo bloque de oposición al PAN-PRI, y mientras tanto la ultraderecha avanza en su proyecto de nación fascista”.*

B).- Una izquierda de tipo social, inorgánica y diversa, pero con mucha presencia en la sociedad civil y en la intelectualidad. Tiene también múltiples expresiones, a veces en torno a movimientos reivindicativos puntuales, y otras de más permanencia a través de organismos no gubernamentales vinculados a la promoción y defensa de los derechos humanos, los temas ecológicos, de género, entre otros.

C).- Una izquierda de los movimientos gremiales y sociales que defienden lo que queda de las conquistas de los años del Estado benefactor, que buscan una democratización del Estado y la sociedad y que se resiste a las privatizaciones y a las políticas represivas del Estado mexicano, convertido en un fiel guardián de los intereses tras-nacionalizados del capital. Un ejemplo extraordinario de esta expresión podría ser la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca, en el 2006, que originada en un conflicto entre el gobierno estatal y el gremio del magisterio, con fuerte presencia indígena en su interior, se transforma después de la respuesta represiva de entonces gobernador Ulises Ruiz, en lo que se denominó la Comuna de Oaxaca. Otro ejemplo en el terreno sindical, lo constituye la lucha de los trabajadores electricistas incorporados en el SME contra la agresión del gobierno de Calderón al declarar la extinción de la Compañía Luz y Fuerza del Centro.

En esta variedad de expresiones y a partir de lo expuesto, surgen estos interrogantes: ¿De que forma las autonomías indígenas, que abren la puerta a una nueva forma de gobernar desde abajo, con la participación de todos y todas, sin intermediarios ni burocracias, pueden ser la base de transformaciones nacionales e internacionales? ¿Cuál podría ser la forma organizativa que asuma la resistencia mexicana (y latinoamericana) frente a la globalización capitalista? ¿Cuáles pueden ser las características de un proyecto viable de desarrollo nacional y de inserción internacional equitativa en las actuales circunstancias de creciente subordinación del país a Estados Unidos? ¿Cómo enfrentar con éxito una elite política que mantiene secuestradas todas las instancias de representación nacional popular y cuyo único ofrecimiento real es la alternancia de partidos en esa representación?

Partimos de la tesis central de que las limitaciones para la democratización e integración internas de la nación no pueden ser superadas en los marcos del capitalismo. La realización de la unidad nacional tarde o temprano se estrella contra la realidad de la dominación y de la explotación de clases y contra el racismo y la discriminación mestizocrática. Ante estos obstáculos, el desarrollo nacional sólo puede ser consumado por un movimiento de base, popular, democrático y anticapitalista.

La nación-pueblo, por lo tanto, expresaría el desplazamiento político de la hegemonía nacional capitalista (actualmente ejercida por su fracción financiera) hacia una caracterizada por el consenso y la voluntad nacional-populares, elementos centrales de un concepto de democracia



sin sesgos de dominación. *Los proyectos de nación en pugna* no son documentos coyunturales que ostentan tal denominación; éstos, si acaso, son proyectos de gobierno, plataformas electorales o programas partidistas. Los reales “proyectos de nación”, desde la izquierda, son construcciones histórico- sociales que se van elaborando en la lucha contra el poder capitalista establecido y contra sus renovadas formas de explotación y dominación, por sujetos socio-políticos en busca de transformaciones fundamentales y a partir de su autonomía.

Las izquierdas mexicanas contemporáneas deben tener en cuenta que son herederas de múltiples procesos y determinaciones históricas que hunden sus raíces no sólo en las corrientes socialistas y comunistas occidentales. Su formación y configuración asumen elementos agrarios e indígenas, sustanciales a la nación mexicana, que se expresaron sensiblemente antes, durante y después de la Revolución. El zapatismo de la revolución de 1910 a 1917 y el cardenismo son dos corrientes del pensamiento nacional-popular que en nuestro país han dejado sus huellas en las izquierdas contemporáneas con la misma fuerza que lo ha hecho el marxismo.

No obstante, la articulación entre los movimientos obrero, agrario e indígena, que dieran vida a un bloque social revolucionario y permitieran acoplar el socialismo a las raíces más profundas de la nación mexicana, no fue planteada por las organizaciones e intelectuales de las izquierdas mexicanas de los años post-revolucionarios.

En la consolidación de una nación mexicana democrática, popular y pluriétnica, las diferentes izquierdas deben reconciliar sus puntos de vista y no excluir los veneros históricos, sociales y civilizatorios que les han dado vida. Socialismo, juarismo, magonismo, zapatismo, cardenismo, autonomismo son algunas de las corrientes de pensamiento y praxis políticas históricas que se han conjugado en la conformación de las actuales izquierdas mexicanas. Para la constitución democrática de la nación-pueblo y nación de pueblos es necesario reconocer el protagonismo de las etnias y de todos aquellos grupos sociales históricamente marginados y excluidos. Otras contradicciones circunscritas a desarrollos históricos diferentes también han forjado sujetos que actualmente representan actores políticos en las múltiples izquierdas que han buscado resolver sus conflictos dentro y fuera del aparato liberal clásico. Tenemos el caso de las mujeres. Las sociedades patriarcales o machistas han ejercido un dominio de género masculino, cuyas expresiones de dominación económicas, políticas, sociales y culturales son tan condenables como aquellas que la burguesía aplica sobre los trabajadores y, sin lugar a dudas, mucho más antiguas que las emanadas en el sistema capitalista. En este mismo sentido, los niños, los viejos, los *gays* y lesbianas, o los inmigrantes indocumentados, entre otros sectores, han llevado a cabo luchas que permitan ejercitar derechos jurídicos y sociales que reconozcan diferencias y formas específicas de explotación, opresión o discriminación. Es necesario colorear la matriz clasista para superar un marxismo esquemático, dicotómico y euro céntrico.

Resumiendo, identifico a la nación-pueblo y a la nación de pueblos como la formación social, cultural y política capaz de resolver muchos de los conflictos derivados del desarrollo histórico nacional. El liberalismo clásico plantea que tanto los individuos como las naciones son abstractamente iguales en derechos, no sólo desentendiéndose, sino que exacerbando las contradicciones propias del sistema capitalista. El marxismo clásico, por su lado, da cuenta de lo





anterior, pero soslaya muchas otras contradicciones históricas que se desarrollan en el interior de los estados nacionales. Las izquierdas modernas, por lo tanto, deben tener la capacidad de articular todos estos (y seguramente muchos más) elementos que están en juego para acceder a una forma de socialismo en la que los principios democráticos de igualdad, equidad, autonomía y justicia social tengan cabida, y la ética sea principio y práctica cotidianas.